

ACCION SOCIAL CORPORATIVA ESPAÑOLA

Apartado de Correos 1247
BARCELONA.

CORREO CORPORATIVO

Oct.-82



DECLARACION DE LA COMISION NACIONAL DE A.S.C.E. ANTE LAS ELECCIONES GENERALES

La convocatoria anticipada de elecciones generales ha podido solo sorprender a los escasos españoles que no hayan captado ya la vaciedad y el desfondamiento del torpe sistema democrático inaugurado en 1978. En efecto: por más que esta convocatoria responda a decisiones oportunistas de los usufructuarios del poder —al margen de cualquier consideración, aunque fuese mínima, del interés nacional— la verdadera raiz de la misma está en la inviabilidad del sistema constitucional y así hay que enjuiciar la decisión del gobierno de U.C.D. de cara al porvenir que se adivina.

Las últimas etapas recorridas por las Instituciones democráticas han constituído un desafío a la sensatez. Cualquier vestigio del concepto de servicio, de la buena fe, de la lealtad, salvo aquella que se debe a uno mismo, han sido borrados de la vida política española. El acontecer público se ha convertido en un mercado de descaradas ambiciones personales, que ha llevado a alteraciones profundas del normal desenvolvimiento de las instituciones —como lo ocurrido en relación a la L.O.A.P.A. y el Tribunal Constitucional— o a decisiones que avergonzarían a cualquier rudimento de Estado, aunque no por lo que parece al puñado de arbitristas que nos gobierna, cual es la de poner en la calle a los criminales etarras bajo promesa de no delinguir en el futuro, y aún dándoles tratamiento de facción "noblemente derrotada" por las armas.

Fallan los hombres, ciertamente; pero, lo que es peor, falla un sistema que como hemos denunciado repetidamente recoge todo un conjunto de principios y reglas ajenas por completo al sentir y la trayectoria vital de los españoles. Ahora se evidencia cuanta barbarie hay en la Constitución de 1978 y no fuera de ella, como clamara en su día la inepcia del Sr. Lavilla y ello hasta el extremo de que la clase política del Régimen haya corrido a la disolución anticipada de las Cortes por no poder aguantarse recíprocamente ni un minuto más, devorada por la desconfianza mutua y un frenesí de suspicacias. He aquí un episodio que figurará en todas las antologías, no ya de los fracasos sonados, sino de los ejemplos de degradación de la moral política de un cuerpo de dirigentes.

Todos los partidos del denominado arco parlamentario son responsables; pero naturalmente la cuota de responsabilidad de la U.C.D. es mucho más alta. Es inconcebible que un partido que ha obtenido la mayoría absoluta en unas elecciones se disuelva en contacto con las exigencias de la gobernación de un país y en tan corto espacio de tiempo. Esto demuestra que la U.C.D. no fué jamás una formación política agrupada en torno a un proyecto sino un conglomerado de apetencias personales y sórdidos proyectos de medio personal.

Sin constituir ésto novedad alguna, pone en evidencia la podredumbre del sistema; pues si la U.C.D. fué el artilugio que hizo posible el cambio democrático, puede comprenderse hasta qué punto este cambio respondió a ambiciones personales, a costa, claro está, de los intereses de la Nación, puestos en gravísimo riesgo por estos irresponsables y en horas en que la situación internacional exigía la más delicada atención a nuestra fortaleza interna. No hay que engañarse: el estrepitoso fracaso de la U.C.D. trasluce la naturaleza viciada de la transición política y evidencia la debilidad de los fundamentos del Régimen vigente. No es de extrañar que haya cundido la alarma entre sus defensores más perspicaces.

De las informaciones recogidas, sin protestas ni desmentidos por los medios de comunicación social, se deduce inequívocamente que la Corona ha coincidido en el planteamiento de esta decisión. No puede sorprender tampoco la coincidencia desde el momento en que la Corona no ha sido ajena a todo el planteamiento de la transición política y, en consecuencia, sus actos están vinculados a los resultados finales de

la misma. Es hoy momento apropiado para reflexionar sobre el verdadero significado y las consecuencias de la restauración de la Institución monárquica en España a la que sólo la hipocresía y una falsa lealtad puede suponer, asimismo, ajena a determinadas simpatías políticas. Nuestro Movimiento se reafirma en su vocación republicana y caudillista, pues vista la experiencia reciente y la de muchos años de la Dinastía, estamos convencidos de que la verdadera autenticidad en el ejercicio del Poder y moderación del funcionamiento de las Instituciones ha de encontrarse necesariamente en una Jefatura del Estado electiva.

No pueden ser más sombrías las perspectivas que se abren a España antes y tras las elecciones. La forzada acomodación de muchos a un proceso político adulterado ha desdibujado programas e intenciones hasta el punto de falsear posiciones políticas de principio y ofrecer una imagen harto distinta a la que correspondería al proyecto político que se dice defender. Los comunistas no son, según su programa, marxistas-leninistas, aunque sí según sus proclamaciones; el socialismo español ofrece una imagen global de moderación socialdemocrática incompatible con el radicalismo que usa en su penetración directa entre las masas. La propaganda electoral no podrá evitar que buena parte de los votos que apoyen la oferta de la Derecha sean hechos más por castigo del pasado inmediato y repudio del sistema que por adhesión a las opciones que esa Derecha dice representar. La vida política española es hoy una inmensa tergiversación que no puede sino acentuar los recelos que han descompuesto el tinglado político y colocar a la Nación en una situación de ingobernabilidad por la confusión de las opciones políticas actualmente mayoritarias.

Sorprende lamentablemente que la denominada Derecha electoral haya hecho votos por una Constitución que está en el origen de las gravísimas dificultades políticas y económicas que atraviesa España. Difícilmente, de mantenerse en esta actitud, podrá esa Derecha, si llega al gobierno, actuar de forma distinta a como lo haría la opción socialista. Tres años de experiencia centrista son concluyentes al respecto.

Sorprende también, dolorosamente, la ausencia de un bloque nacional unitario. A.S.C.E. viene advirtiendo en sus manifiestos y declaraciones que la politica no es sólo un arte de sentimientos, por más legítimos que estos sean, o la adhesión a una comunidad de ideales sino, y en lo fundamental, la constitución de un proyecto político y el diseño perceptible de una estrategia de poder. Es evidente que la ausencia de tales elementos ha facilitado los funestos efectos de las animosidades y rivalidades personales.

A.S.C.E. no concurre a estas elecciones; no vamos por ello a caer en la vacuidad de recomendar el voto en determinado sentido, advirtiendo, eso sí, que la abstención no es en modo alguno reprobable si es el resultado de una meditación serena sobre acciones y programas en los que no se cree ni se espera nada. Esta es y será nuestra pauta en futuras consultas electorales, si se sucedieran, tanto en lo que a nosotros se refiere como en lo que toca a los demás: un voto dado contra la propia convicción, es un voto perdido para las Instituciones y para España. Ni nosotros ni nadie puede gobernar la Nación encaramado sobre los resortes del miedo.

En algo coincidimos con alguno de los principales funambulistas de este tinglado: las elecciones van a aumentar la confusión política como consecuencia, no ya sólo de la adulteración de la transición, sino de las muchas anomalías registradas en el proceso electoral y lo evidente del forzamiento de una solución socialista de gobierno desde instancias ajenas a los partidos políticos concurrentes. De aquí no puede salir un gobierno que maneje con autoridad los asuntos del Estado. La inseguridad y el previsible fracaso de quienes se instalen en el Poder va a excitar todas las demagogias posibles, en busca de chivo expiatorio que cargue con el pasivo. Se quiera o no admitir, España camina a un enfrentamiento civil generalizado debido a la manifiesta incapacidad política de quienes se distribuyen las responsabilidades de poder.

A.S.C.E. es consciente que sólo un sólido proyecto de reforma institucional, adecuado a la constitución histórica de España y que capte la voluntad de los españoles, puede liquidar el desastroso balance de estos años y aunar de nuevo el esfuerzo de todos nuestros compatriotas en una tarea común. Este es nuestro objetivo y en él trabajamos con ahinco. El veintiocho de octubre, día de estas elecciones generales, no será para nosotros más que un paso en nuestra marcha hacia lo inevitable: el reencuentro de España consigo misma.

¡Viva España!

A.S.C.E.